resignarse: asegúrase que intentó desconocer al gobierno, pronunciándose con la division si queria ésta prestarle su apoyo: pensó tambien en revocar el decreto de su renuncia, publicando otro en que reasumia el poder que habia abdicado, y aun se dice que habia nombrado á los Sres. D. Domingo Ibarra y D. Fernando María Ortega para miembros de este gabinete revolucionario; pero que las observaciones del primero de estos dos señores lo hicieron desistir de este estraviado proyecto, cuya validez pretendió sostener aun en las comunicaciones que dirigió al gobierno supremo, relativas á la órden citada de 7 de Octubre. El resultado positivo de ésta fué, que el general Santa-Anna entregó el mando al general Reyes, por no hallarse allí ni Rincon ni Alvarez, y se retiró á Tehuacan.

CAPITULO XXVI.

ALTA CALIFORNIA.

Cosa de un año ántes de que estallara la guerra, una porcion de aventureros procedentes de los Estados-Unidos y esparcidos en el vasto territorio de Californias, solo aguardaban la señal de los emisarios de aquel gobierno para tomar la iniciativa de la guerra de usurpacion. Varios hechos cometidos por dichos aventureros, con infraccion de las leyes del pais, anunciaron sus intenciones; pero desgraciadamente las autoridades existentes entónces, divididas entre sí, no quisieron ni supieron conjurar la tempestad.

En el mes de Febrero de 1846 se introdujo en el territorio mexicano con una fuerza de rifleros montados, el capitan Fremont, ingeniero del ejército de los Estados-Unidos, con pretesto de una comision científica: solicitó y obtuvo permiso del comandante general, entónces teniente coronel D. José Castro, para recorrer el pais.

Tres meses despues (el 14 de Mayo) esa misma fuerza y su comandante tomaron posesion á mano armada y sorprendieron la importante plaza de Sonoma, apoderándose de toda la artillería, armamento, &c. que allí habia. Reunidos á dicha fuerza los aventureros esparcidos en la márgen del rio Sacramento, y en número de cuatrocientos hombres, proclamaron por sí y ante sí la independencia de

Californias, enarbolando una bandera encarnada en que estaban figurados un oso y una estrella. Los primeros actos de un hecho tan escandaloso fueron marcados con el despojo de las propiedades de algunos mexicanos, y el asesinato de otros, que fieles á sus deberes para con su patria, quisieron oponer resistencia.

El comandante general pidió esplicaciones sobre este asunto al comandante de un buque de guerra americano anclado en la bahía del puerto de S. Francisco, y aunque se supo positivamente que de dicho buque les iban municiones, armamento y vestuario á los aventureros, el comandante contestó, "que ninguna parte tenian, ni el gobierno de los Estados-Unidos, ni sus subalternos en aquella sublevacion, que por consiguiente las autoridades mexicanas castigasen á sus autores conforme á las leyes."

El 7 de Julio del mismo año la escuadra americana tomó posesion de la plaza indefensa del puerto de Monterey, á nombre de su gobierno, haciendo su comandante una intimacion al comandante general, para que entregase todas las plazas y fortalezas del Estado. En la misma fecha el capitan Fremont, á la cabeza de los aventureros sublevados y en combinacion con el comodoro, avanzó por tierra hasta el puerto de Monterey, cayendo en su poder toda la artillería y municiones que encontró á su tránsito y que no pudo trasportar el comandante general en su retirada para la ciudad de los Angeles. Así quedó consumada la ocupacion de todas las poblaciones del Norte de Californias.

El 7 de Agosto inmediato ancló en el puerto de San Pedro, á nueve leguas de la ciudad de los Angeles, la escuadra americana, al mando del comodoro Stockton, é inmediatamente desembarcó cuatrocientos hombres y alguna artillería, con cuya fuerza y la del capitan Fremont, por tierra, ocupó dicha ciudad el 15 del mismo mes. Las autoridades política y militar, que no consideraron prudente oponer resistencia á los invasores con la parte del pueblo que habian armado, dispersaron toda la fuerza y emigraron al Estado de Sonora, cayendo en poder del enemigo la artillería y pocos pertrechos que habia en la mencionada ciudad. Los puertos de San Diego y Santa Bárbara fueron ocupados por las fuerzas americanas. De este modo se verificó la ocupacion de la Alta California, sin la menor resistencia.

La mayoría de las fuerzas americanas con el comodoro Stockton, que se nombró gobernador del territorio, se situaron en los puertos de Monterey y San Francisco, dejando guarnecidos los puntos de San Diego, los Angeles y Santa Bárbara, poblaciones del Sur. Una proclama del gobernador americano anunció que el pais seria gobernado militarmente.

Entre tanto el fuego patrio fermentaba en los corazones de la mayoría de los ciudadanos. El odio á los invasores fué generalizándose, particularmente en las poblaciones del primer distrito, donde la conducta impolítica y despótica de la autoridad militar, exasperó los ánimos. El pueblo preparaba una reaccion, y solo se aguardaba una oportunidad. En la ciudad de los Angeles varios ciudadanos fueron reducidos á prision por sospechosos, y tratados cruelmente.

Una sola causa detenia la revolucion; ésta era la falta de armas y municiones para la continuacion de la guerra. Pero todo lo superó el patriotismo de aquel pueblo, decidiéndose á emprender una lucha desigual, con la esperanza de que México no abandonaria una tan rica é interesante parte de su territorio.

Para que se forme una idea de los esfuerzos y sacrificios de estos pueblos, será preciso darla de algunas poblaciones de California.

Se hallaba organizada en dos distritos. El primero lo formaba la ciudad de los Angeles (capital), pueblo de San Diego y Santa Bárbara, y sus habitantes no esceden de seis mil.

El segundo se formaba desde el pueblo de San Luis Obispo, puerto de Monterey y demas poblaciones al Norte hasta Sonoma, y el número de habitantes no escede de tres mil quinientos á cuatro mil.

El teatro de la guerra fué en las poblaciones del Sur, de suerte que los que la sostuvieron, fueron los habitantes del primer distrito y algunos ciudadanos del segundo, que con su prefecto á la cabeza, dieron pruebas de valor y patriotismo, uniendo sus esfuerzos á los de sus compatriotas del Sur.

La madrugada del 23 de Septiembre de 1846 una parte del pueblo de la ciudad de los Angeles, regenteada por el capitan de auxiliares D. Cérvulo Varela, mal armados, se echaron encima del cuartel donde estaban los americanos, quienes estando apercibidos, lograron

de pronto repeler el ataque. Sin embargo, el hecho fué suficiente para intimidar á los americanos, quienes limitaron su defensa al recinto de la plaza.

Esta fué la señal de alarma para todos los ciudadanos. El 24 de Septiembre, puesto á la cabeza del pueblo el capitan de ejército D. José María Flores, estableció su campo á un cuarto de legua de la plaza enemiga. Desde aquel momento los hombres y los niños acudian de todas partes á formar cuerpo contra el enemigo comun, llevando consigo las armas de que podian disponer. Las mugeres, modelo de valor y patriotismo, unas presentaban á sus hijos, hasta los mas pequeños, para tomar las armas; otras servian de espías cerca del enemigo; otras, llevando sobre sus hombros las armas, pólvora y plomo que habian enterrado para salvarlas, atravesaban sus puntos militares para presentarlas al campo de los patriotas. Todos, en fin, proclamaban la libertad é independencia de su patria dentro de la misma ciudad que ocupaba el enemigo.

El 25, reunidos los californios en número de quinientos, el comandante estrechó el sitio de la ciudad, habiendo algunos encuentros parciales, en que la ventaja quedaba siempre de parte de los sitiadores.

El 26, noventa americanos bien armados que venian en auxilio de la plaza, posesionados en el riachuelo del Chino, despues de una vigorosa resistencia, fueron rendidos y hechos prisioneros por la tropa que mandaban el capitan de auxiliares D. Cérvulo Varela y teniente D. Diego Sepúlveda.

Los dias 27, 28 y 29 continuaron las operaciones militares sobre la plaza, dando por resultado, que el 30 la evacuaran las fuerzas americanas por medio de una capitulacion, en la que se estipuló, que dichas fuerzas, dejando su material de guerra, se les permitia salir con sus armas y dos piezas hasta el puerto de San Pedro, donde entregarian unas y otras á un cuerpo de tropa mexicana, embarcándose luego para el puerto de Monterey.

Esta muestra de la generosidad y nobleza de los californios, fué mal correspondida por parte del comandante de las tropas capituladas, pues burlando la vigilancia del cuerpo de observacion, se embarcaron furtivamente, dejando en tierra la artillería clavada, y permaneciendo á bordo de un buque americano anclado en el puerto.

Con la ocupacion de la ciudad de los Angeles, era necesario poner en accion todos los medios de defensa para libertar á las poblaciones de San Diego y Santa Bárbara, guarnecidas por destacamentos enemigos.

Para desalojarlos y prestar proteccion á sus habitantes, el comandante general hizo marchar dos secciones de tropas; la de Santa Bárbara á las órdenes del comandante de escuadron de auxiliares D. Manuel Garfias, y la de San Diego á las del capitan de la misma arma D. Francisco Rico. Con este motivo las fuerzas del cuartel general de los Angeles quedaron notablemente reducidas.

El 6 de Octubre arribó al puerto de San Pedro una fragata de guerra enemiga en auxilio de los capitulados, que permanecian á bordo de un buque mercante.

Al siguiente dia desembarcaron y emprendieron su marcha sobre la ciudad de los Angeles con una columna de quinientos hombres, compuesta de los rifleros capitulados, infantería de línea y marineros. En tan críticos momentos, solo se contaba con cincuenta ó sesenta hombres de guarnicion, pues la mayor parte de los ciudadanos de que se componian las fuerzas, eran criadores de ganado ó labradores, y habian obtenido permiso para ir á sus ranchos. Era preciso, sin embargo, impedir á todo trance la entrada del enemigo á la ciudad: al efecto, el comandante en gefe dispuso saliese en el momento el comandante de escuadron de auxiliares D. José Antonio Carrillo con cincuenta caballos para hostilizar al enemigo y contenerlo en su marcha, miéntras él se le incorporaba con toda la fuerza que pudiese reunir.

El comandante Carrillo se portó bizarramente, pues con solo los cincuenta hombres contuvo al enemigo, obligándolo á hacer alto en el rancho de San Pedro, seis leguas de la ciudad y tres del puerto.

A las siete de la noche se le incorporó el comandante Flores, con cincuenta caballos y una pieza de cuatro, que con mil afanes se habia montado en una carreta.

El 8 al amanecer, el enemigo emprendió su marcha en columna cerrada, desplegando sus guerrillas á derecha é izquierda, intentando forzar el paso á la caballería mexicana que se hallaba formada en batalla á derecha é izquierda del camino, apoyando la pieza. Los

fuegos se rompieron por una y otra parte, siendo los de la artillería mexicana tan bien dirigidos, que hacian un estrago terrible en la columna enemiga. Al cabo de una hora de fuego vivísimo, la columna fué rechazada con una pérdida considerable, obligándoles á volver hasta el puerto, donde se reembarcaron en el acto, dejando el campo lleno de despojos, y quitándoles una bandera. En esta vez las tropas americanas debieron su salvacion á la falta absoluta de arma blanca en la caballería mexicana, la que no pudo cargar con buen éxito, con solo la carabina, sobre la infantería. Las tropas americanas permanecieron en sus buques anclados en el puerto de San Pedro.

Todas las poblaciones al Sur desde San Luis Obispo, Santa Bárbara, los Angeles y partido de San Diego, fueron ocupadas por las fuerzas mexicanas: el pabellon nacional fué saludado, y las autoridades locales reinstaladas.

El 29 de Octubre el cuerpo legislativo abrió sus sesiones, nombrando gobernador y comandante general interino del Departamento, al capitan D. José María Flores, á quien invistió de facultades estraordinarias para proveer á la defensa del pais.

Todas las poblaciones fueron convocadas en masa. El nuevo gobierno, falto de recursos de todo género, escitó el patriotismo y generosidad de los conciudadanos, y tuvo el gusto de ver que no hubo uno solo que no contribuyera con su persona y con sus intereses á la defensa de la patria. Todos abandonaban con gusto sus sementeras y sus ganados, único patrimonio de sus familias, y llenos de entusiasmo, se presentaban, con armas ó sin ellas, á combatir al enemigo comun. Un solo sentimiento, un solo deseo, una misma voluntad animaba los corazones: ¡la salvacion de la patria!

El comandante general concentró sus fuerzas en la ciudad de los Angeles, dejando guarnecidos todos los puntos de la costa con destacamentos, que la recorrian sin cesar, á fin de evitar al enemigo la provision de víveres y otros medios de transporte á sus tropas.

Despues del 8 de Octubre, las fuerzas americanas que permanecian ancladas en la rada del puerto de San Pedro, fueron reforzadas por las del comodoro Stockton, quien practicó un desembarco el 1.° de Noviembre, poniendo en tierra ochocientos hombres y alguna artillería, con objeto de apoderarse de la ciudad: mas al avistarse las fuerzas mexicanas, varió de resolucion, reembarcándose con sus fuerzas, y marchándose la escuadra para el puerto de San Diego, en cuyo pueblo situó su cuartel general, á cincuenta leguas de los Angeles.

Siendo indispensable evitar que el enemigo se surtiese de víveres, ganados y otros medios de trasporte, para su movilidad por tierra, marchó una seccion de tropas sobre San Diego, para que unida á la compañía de ciudadanos que allí se habia armado, asediar la plaza, é impedir la salida de las partidas enemigas.

Esta operacion tuvo el mas feliz resultado, viéndose obligado el enemigo á surtirse de víveres de la Baja California, haciendo uso para esto de sus embarcaciones menores.

Otra pequeña seccion, al mando del infatigable prefecto capitan D. Manuel Castro, marchó para los puntos del Norte, con objeto de protejer el movimiento de aquellas poblaciones, y llamar la atencion del enemigo.

Dicha seccion tuvo un encuentro reñido el 16 de Noviembre en el campo de la Natividad, ocho leguas al Norte del Puerto de Monterey, con las tropas del capitan Fremont, las cuales fueron rechazadas con alguna pérdida.

A fines del mes de Noviembre entraba á Californias por el camino de Sonora, y procedente de Nuevo-México, una seccion de trescientos americanos con tres piezas de artillería, al mando del general Kearney: deseando el comandante general evitar su incorporacion con las fuerzas enemigas que ocupaban la plaza de San Diego, hizo marchar violentamente cien caballos al mando del comandante de escuadron D. Andres Pico, quien en combinacion con las fuerzas que sitiaban S. Diego, debia obrar sobre la seccion Kearney, y batirlo si se presentaba un caso. La madrugada del 6 de Diciembre, intentando el general Kearney (quien habia recibido un auxilio de la plaza) arrollar las tropas que lo asediaban, é introducirse á ella, se encontró con las fuerzas del comandante Pico, quien haciendo una retirada falsa, volvió con tanto ímpetu sobre la caballería enemiga, que logró dispersarla completamente, haciéndole mas de cuarenta muertos, ochenta y tantos heridos, entre éstos el general Kearney, y quitándoles una pieza de artillería con sus municiones, el armamento y despojos de los muertos y heridos, y algunos prisioneros. El resto de la infantería y

artillería se posesionó inmediatamente de una altura, donde por la aspereza del terreno, no pudo obrar la caballería del comandante Pico, que los tuvo reducidos á aquella posesion cinco dias, en cuyo tiempo una fuerza de cuatrocientos hombres, con artillería, salió de San Diego en su auxilio, y los introdujo á la plaza. Un accidente desgraciado, y que influyó terriblemente en los acontecimientos posteriores de la guerra en aquel pais, impidió que el comandante general, con el resto de las tropas, marchara en auxilio de la seccion Pico, con lo que se hubiera completado la derrota del general Kearney. Los prisioneros de guerra existentes en la ciudad de los Angeles, cuya traslacion tenia resuelta el comandante general al Estado de Sonora, deseando impedirla á todo trance, lograron seducir á algunos individuos y tropa de la plaza, y con mentidas ofertas y amenazas, los comprometieron en una conspiracion, que tuvo por objeto destituir al gobernador y comandante general, y la cual estalló la noche del 3 de Diciembre. Aunque el órden se restableció á las cuarenta y ocho horas, sin embargo, no se pudo evitar la dispersion de gran parte de las fuerzas, unos por haber tomado parte con los conjurados, y otros por desafectos al desórden. Esto evitó el movimiento concertado del comandante general, é influyó para que las tropas que hostilizaban al enemigo en San Diego, y las que obraban sobre el general Kearney, las unas atemorizadas se dispersaran presentándose al enemigo, y las otras abandonaran el campo victorioso, para venir á auxiliar al comandante general. Por este medio le quedó al enemigo espedito el camino por tierra desde San Diego á los Angeles. A principios del mes de Diciembre, el capitan Fremont, con una seccion de setecientos rifleros montados y cuatro piezas ligeras, en combinacion con las fuerzas del cuartel general de San Diego, hizo movimiento de las poblaciones del Norte sobre la ciudad de los Angeles, cayendo en su poder la plaza de Santa Bárbara.

El 28 de Diciembre, el general Stockton, provisto de los medios de trasporte, avanzó de San Diego por tierra con sus fuerzas, compuestas de mil infantes y ocho piezas de artillería, sobre la ciudad de los Angeles. A estas dos divisiones enemigas solo podia oponérseles quinientos hombres de caballería mal armados, peor municionados, con tres piezas ligeras en el mismo estado. Sin embargo de esta des-

proporcion de fuerzas, una seccion, al mando delcapitan D. José Carrillo, quedó hostilizando la vanguardia de la division Fremont, logrando contenerla, y el comandante general, con todas sus fuerzas, marchó al encuentro de la division Stockton. El 8 de Enero de 1847 hubo una accion muy reñida entre ámbas fuerzas, á tres leguas de la ciudad de los Angeles, que acabó con el dia, quedando el campo por parte de los americanos, quienes lograron rechazar á la caballería mexicana con alguna pérdida. El 9, los mexicanos volvieron á la carga sobre el enemigo, aunque no con mejor éxito que el dia anterior, pues faltos de municiones y armas, y en número de trescientos hombres, fueron rechazados dos veces por el fuego vivísimo de los cuadros americanos: no obstante, el enemigo se contuvo á una legua de la ciudad. Este fué el último esfuerzo que los hijos de Californias hicieron en favor de la libertad é independencia de su patria, cuya defensa siempre les hará honor, pues sin recursos, sin elementos y sin instruccion, se lanzaron á una lucha desigual, en que mas de una vez hicieron conocer á los invasores lo que puede un pueblo cuando pelea en defensa de sus derechos.

El 10 de Enero fué ocupada por las fuerzas americanas la ciudad de los Angeles, y consumada para México la pérdida de esa rica, vasta y preciosa parte de su territorio.

El comandante general, no contando con ningun medio de defensa, sin municiones, dispersada la fuerza, y amagado por otras muy superiores, tuvo que emigrar con algunos hijos del pais al Estado de Sonora, atravesando inmensos desiertos, y sufriendo inauditas penalidades.